

Mujeres

DE LA BIBLIA

Ana:

Una testigo fiel



Esta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén.
Lucas 2:38

Su nombre:
significa gracia.

Ana: la profetisa, de la tribu de Aser
que no se apartaba del templo

Es realmente notable que cuando Jesús nació muy poca gente en Israel lo reconoció como el Mesías. No era que nadie lo estuviera esperando sino que la expectativa mesiánica, a comienzos del primer siglo, se daba a un nivel muy alto.

Daniel en su famosa profecía sobre **«el Mesías Príncipe» (Daniel 9.24-27)**, prácticamente había señalado la fecha. Sus cálculos nos llevan alrededor del año 30 d.C. que fue el año de su entrada triunfal.

Las Escrituras registran que cuando Juan el Bautista inició su ministerio, **«el pueblo estaba en expectativa, preguntándose todos en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo» (Lucas 3.15)**. En realidad, varios de los primeros discípulos encontraron a Cristo por la razón de que estaban observando expectantes que Él apareciera, y fueron donde Juan el Bautista, quien anunciaba el camino de Cristo **(Juan 1.27-37)**.

Las 70 semanas de Daniel (Daniel 9)



El hecho es que, por el tiempo exacto en que Jesús nació, prácticamente todos los fieles creyentes en Israel estaban ansiosos esperando al Mesías. **La ironía es que muy pocos lo reconocieron, porque no llenaba ninguna de sus expectativas.** Ellos estaban esperando un líder político y militar que llegaría a ser un rey conquistador y él había nacido en una familia campesina. Probablemente anticiparon que llegaría con gran lujo pero nació en un establo, casi en secreto. Los únicos en Israel que lo reconocieron en su nacimiento fueron personas muy humildes, gente sin notoriedad. Los magos de ([Mateo 2.1- 12](#)) eran extranjeros y gentiles y aunque eran ricos, poderosos e influyentes, lo eran en su propia cultura. Pero los únicos israelitas que desde su nacimiento entendieron que Jesús era el Mesías, fueron **María y José, los pastores, Simeón y Ana.** Todos ellos eran, básicamente, nadie. Lo reconocieron porque los ángeles se lo anunciaron, o por alguna otra forma especial de revelación. Lucas relata todas sus historias en sucesión, como si estuviera llamando a múltiples testigos, uno a la vez, para fundamentar el asunto.

Al último testigo que llama es Ana. Todo lo que la Escritura dice acerca de ella alcanza solo a tres versículos: [Lucas 2.36-38](#). (Leer) Nunca más es mencionada en ninguna otra parte de la Biblia. Pero estos tres versículos son suficientes para establecer su reputación como una mujer genuina y extraordinaria.

Como cada una de las mujeres extraordinarias que hemos visto a lo largo de este libro, la esperanza y los sueños de Ana estaban llenos de expectativa mesiánica. Conocía las promesas del Antiguo Testamento, y entendió que la salvación del pecado y la futura bendición de Israel dependían de la llegada del Mesías. Su anhelo de verle se cumplió de manera rápida y sorpresiva en un día de su rutina normal en el templo.

Por lo tanto, fue una de los primeros y más perdurables testigos de Cristo. Indudablemente dondequiera que el Evangelio de Lucas es proclamado, su testimonio todavía conduce a los creyentes hacia el Salvador. Por lo tanto, ella merece un lugar prominente en cualquier listado de mujeres extraordinarias. El relato de Lucas nos

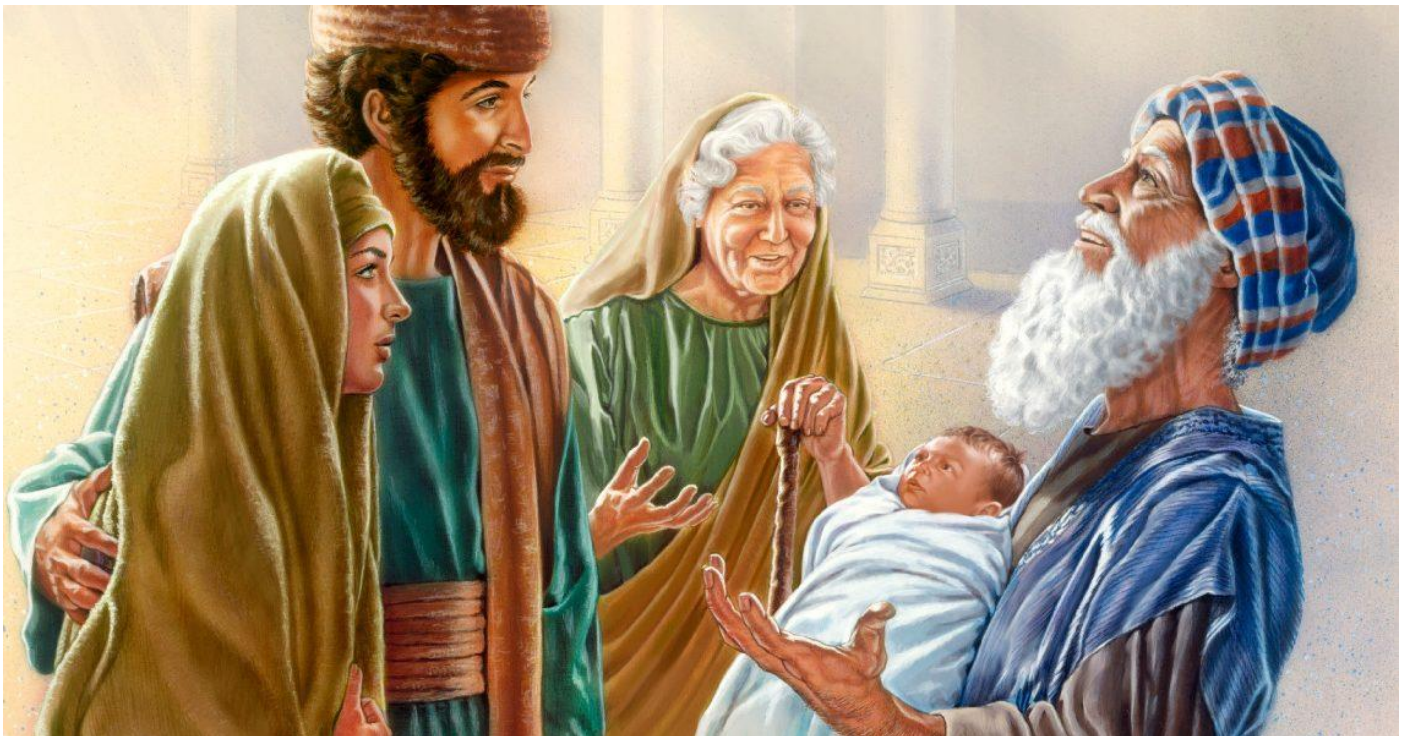
muestra frases clave que nos dan datos asombrosamente abundantes sobre el carácter y la vida de Ana.

Profetisa, de la tribu de aser, no se apartaba del templo. Conozcamos a Ana bajo estos tres términos.

1. Profetisa

Lucas la presenta de esta manera: «[Estaba también allí Ana, profetisa...](#)» (Lucas 2.36) Ana se distinguen por su práctica de la oración y el ayuno. Se sentía como en su casa en el templo. Se dice que fue una profetisa cuyo corazón estaba preparado para la venida del Mesías.

¿Qué entendía Lucas por profetisa? No estaba sugiriendo que Ana predijo el futuro. Ella no era una adivina. Ni siquiera sugiere que haya recibido revelación especial de Dios. La palabra profetisa simplemente designaba a **una mujer que hablaba Palabra de Dios**, dedicada a proclamar la Palabra de Dios.



Ana podría haber sido una maestra del Antiguo Testamento para otras mujeres. O podría haber tenido simplemente un ministerio privado en el templo, ofreciendo palabras de aliento e instrucción sobre las Escrituras hebreas a otras mujeres que asistieran al culto. Nada indica que fuera una fuente de revelación, o que alguna revelación especial haya venido de ella directamente. **Incluso su convicción de que Jesús era el Mesías parecía venir de la revelación dada a Simeón, y que ella alcanzó a oír.** No obstante, es llamada profetisa porque tenía el hábito de proclamar la verdad de la Palabra de Dios a otros. Este talento para proclamar la verdad de Dios jugó finalmente un papel muy importante en el ministerio, por el cual todavía se la recuerda.

Evidentemente dedicó su vida a guardar la Palabra de Dios en su corazón. Ese era la esencia misma del mensaje de Ana. De modo que cuando Lucas la llama «profetisa», está dando una mirada al interior de su personalidad y está ofreciendo una primicia de lo que ocupaba su mente y su conversación.

2. De la tribu de Aser

(Lucas 2.36). Se menciona su genealogía por lo poco común que es. **Aser fue el octavo hijo de Jacob. Era descendiente de Zilpa, la sierva de Lea y concubina de Jacob (Génesis 30.12- 13).** La tribu que descendió de Aser perteneció a Israel, reino apóstata del norte. Si usted conoce la historia del Antiguo Testamento, recordará que el reino se divide después del tiempo de Salomón. Las **diez tribus en el norte** forman una nación independiente, con sus propios reyes (que no eran los correctos herederos al trono de David sino usurpadores). Desde ese entonces, en el Antiguo Testamento el nombre **«Israel»** es aplicado al reino apóstata del **norte**. El reino del **sur** se llamó **«Judá»**. (Fue así porque Judá fue la más grande de las dos tribus que permanecieron en el sur; la otra fue la de Benjamín.)

Dios envió profetas para amonestar tanto a las tribus del norte como a las del sur, pero los profetas, eran por lo general despreciados en ambos lados de la frontera. Reyes perversos se sentaron en ambos tronos. **Judá** tuvo una mezcla de unos **pocos reyes buenos** y piadosos, pero todos los reyes de **Israel fueron pecadores**.

Ana desciende del grupo de creyentes del reino del norte, y fue por consiguiente, un emblema vivo de la fidelidad de Dios para con su pueblo.



3. Una mujer viuda.

Por el tiempo en que nació Jesús, Ana era de edad avanzada. No había disfrutado de una vida particularmente fácil. Todo su mundo había sido destrozado por la tragedia cuando era aún muy joven, al parecer aún antes de que tuviera hijos. Su marido murió a los siete años de matrimonio, y no habiéndose casado de nuevo, vivía ahora como viuda por más de seis décadas.

La viudez en esa sociedad era extremadamente difícil. Constituía casi una garantía de una vida de extrema pobreza. Por eso es que, en la iglesia primitiva, el apóstol Pablo recomienda a las viudas que vuelvan a casarse (**1 Timoteo 5.14**), para que la iglesia no se viera sobrecargada con su sostenimiento.

Es probable que Ana viviera de la caridad, o sostenida por el remanente de la herencia de su familia. Cualquiera haya sido la forma, debe haber llevado una vida muy discreta, casta y sobria. Lucas añade que **«servía a Dios con ayunos y oraciones noche y día» (Lucas 2.37)**, lo cual redondea el cuadro de la vida y ministerio de esta anciana digna y serena.

4. No se apartaba del templo

«No se apartaba del templo» (Lucas 2.37).

Evidentemente, Ana vivía en el templo. Había algunos apartamentos en el patio exterior (**Nehemías 13.7-9**). Éstos eran modestos cuartos usados como lugares de habitación, para los sacerdotes que vivían en el área del templo, mientras cumplían con sus dos semanas de servicio anual. Quizás a causa de su larga fidelidad, de sus obvios dones espirituales, su inalterable devoción al Señor y su constante consagración a su ministerio de oración y ayuno, los oficiales del templo le habrían dado una pequeña pieza.



Ella era ahora demasiado anciana para ser empleada como guardiana, pero quizás alguna vez haya servido en esa tarea, y su espacio habitable le había sido dado de por vida. En cualquier caso, era en última instancia el Señor, quien le había provisto con su gracia un lugar en su casa, y soberanamente haber dispuesto cualquier acuerdo de ella con los custodios del templo.

Es obvio que Ana era una mujer extraordinaria a los ojos de cualquiera que la conociera. Vivía en el más simple estilo de vida. Siempre se la podía encontrar en el templo. Era singular y completamente devota en el servicio y culto a Dios, especialmente a través de sus oraciones y ayunos.

La forma de su oración, acompañada por ayunos, habla de su negación de sí misma y de su sinceridad. El ayuno por el ayuno no es un ejercicio particularmente útil. Abstenerse de comida no tiene efecto místico sobre ningún ejercicio. Pero el ayuno con oración, permite ver un corazón tan consumido con la oración y tan ansioso por recibir las

bendiciones buscadas, que la persona simplemente no tiene interés en la comida. Ahí es cuando el ayuno tiene verdadero valor.

Ana aparentemente había hecho esto como un hábito por sesenta y cuatro años o más. ¡Era una mujer apasionada! ¿Acerca de qué cree usted que había estado orando? Seguramente oraba sobre muchas cosas, pero no hay duda que uno de los principales temas de sus oraciones era una ardiente plegaria por lo mismo que Simeón estaba tan ansioso: **«La consolación de Israel» (Lucas 2.25)**. Su esperanza, como la de Eva, era por la Simiente que aplastaría la cabeza de la serpiente. Su ruego, como el de Sara, era por la Simiente de Abraham que bendeciría a todas las naciones del mundo. Ella estaba clamando **a Dios que enviara pronto el libertador prometido, el Mesías.**

La fe asombrosa de Ana, provenía del hecho que creyó todas las promesas que llenaban el Antiguo Testamento. Ella tomó la Palabra de Dios con seriedad. Sabía en su corazón que el Mesías vendría, y sin duda, su primera y profética oración era que esto sucediera pronto.

En verdad era una mujer asombrosa y notable, quizás una de las personas más devotas que podamos encontrar en las páginas de la Escritura. ¡Nadie más viene a la mente que ayunara y orara fielmente por más de sesenta años.



Dios estaba a punto de darle respuesta a sus oraciones en el más dramático estilo. El versículo 38 dice que justo cuando Simeón pronunció su profética bendición sobre el niño Jesús y sus parientes terrenales, **«en ese instante»**, ella iba pasando. Ahora bien, el templo de Herodes era una construcción enorme, y la instalación era monumental rodeada por miles de personas paseándose a casi toda hora.

El espíritu de Dios providencialmente condujo a esta anciana mujer a un lugar desde donde ella alcanzaba a oír a Simeón bendecir a

Jesús. La descripción de Lucas es muy clara. **«Ésta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios» (v.38).**

Repentinamente, todo aquello por lo que Ana había estado orando y ayunando estaba ahí, frente a ella, envuelto en un pequeño bulto en los brazos de Simeón. Por fe, ella supo instantáneamente que la profecía de Simeón era verdad y que Dios había respondido a sus plegarias. **De inmediato comenzó a dar gracias a Dios, y todos aquellos muchos, muchos años de petición se convirtieron en alabanzas.** Solo podemos imaginar cómo se sintió Ana después de largas décadas de oraciones y ayunos específicos, anhelando que Dios revelara su gloria otra vez, orando y ayunando por la salvación de Israel e implorando a Dios para que enviara al Mesías. Por fin, la respuesta a sus oraciones había llegado en carne y sangre.

5. Hablo de El a todos

«Y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén» (Lucas 2.38).

De manera literal quiere decir que ella no hablaba sino de Él a todos quienes estaban buscando al Redentor. **Esto se convirtió en su mensaje por el resto de su vida.**

Nótese que Ana sabía cuál era el remanente creyente. Podía identificar a los verdaderos adoradores; a aquellos que, como ella, estaban expectantes esperando al Mesías. Vio a esas personas allí afuera, y en cada oportunidad les hablaba de Él. Así es como esta amada mujer, quien había vivido tantos años hablando a Dios como una prioridad, llegó a ser más conocida por hablar a la gente acerca de Él. El Mesías finalmente había llegado, y Ana fue una de las primeras personas en saber quién era Él. No podía guardar esta noticia para ella sola. Así se convirtió en una de las primeras y más constantes testigos de Cristo.

Qué sucedió con Ana después de esto, no sabemos. Sin duda ella estaba en el cielo por la época en que Cristo comenzó su ministerio público, unos treinta años más tarde. El día de su dedicación fue probablemente la sola y única vez que pudo verlo. Pero eso bastó. Literalmente no pudo dejar de hablar de Él. Y eso es la parte más cautivadora del legado extraordinario de esta mujer maravillosa.